



La Santa Sede

Queridos hermanos y hermanas:

Como el domingo pasado, también hoy —en el contexto del Año sacerdotal que estamos celebrando— nos detenemos a meditar sobre algunos santos y santas que la liturgia recuerda estos días. Excepto la virgen santa Clara de Asís, ardiente de amor divino en la oblación diaria de la oración y de la vida comunitaria, los demás son mártires, dos de los cuales fueron asesinados en el campo de concentración de Auschwitz: santa Teresa Benedicta de la Cruz —Edith Stein—, quien, nacida en la fe judía y conquistada por Cristo en edad adulta, se hizo monja carmelita y selló su existencia con el martirio; y san Maximiliano Kolbe, hijo de Polonia y de san Francisco de Asís, gran apóstol de María Inmaculada.

Encontraremos también otras figuras espléndidas de mártires de la Iglesia de Roma, como san Ponciano Papa, san Hipólito sacerdote y san Lorenzo diácono. ¡Qué admirables modelos de santidad nos propone la Iglesia! Estos santos son testigos de la caridad que ama "hasta el extremo" y no tiene en cuenta el mal recibido, sino que lo combate con el bien (cf. *1 Co 13, 4-8*). De ellos podemos aprender, especialmente los sacerdotes, el heroísmo evangélico que nos impulsa a dar la vida por la salvación de las almas, sin temer nada. ¡El amor vence a la muerte!

Todos los santos, pero especialmente los mártires, son testigos de Dios, que es Amor: *Deus caritas est*. Los *lager* nazis, como todo campo de exterminio, se pueden considerar símbolos extremos del mal, del infierno que se abre en la tierra cuando el hombre se olvida de Dios y se pone en su lugar, usurpándole el derecho de decidir lo que es bueno y lo que es malo, de dar la vida y la muerte. Por desgracia, este triste fenómeno no se circunscribe a los campos de concentración. Estos son, más bien, el ápice de una realidad amplia y difundida, a menudo con confines poco claros. Los santos que he recordado brevemente nos hacen reflexionar sobre las profundas divergencias que existen entre el humanismo ateo y el humanismo cristiano; una antítesis que atraviesa toda la historia, pero que al final del segundo milenio, con el nihilismo contemporáneo, ha llegado a un punto crucial, como grandes literatos y pensadores han percibido, y como los acontecimientos han demostrado ampliamente.

Por una parte, hay filosofías e ideologías, pero también cada vez más modos de pensar y de actuar que exaltan la libertad como único principio del hombre, en alternativa a Dios, y de ese

modo transforman al hombre en un dios, pero es un dios equivocado, que hace de la arbitrariedad su sistema de conducta. Por otra parte, tenemos precisamente a los santos, que, practicando el Evangelio de la caridad, dan razón de su esperanza; muestran el verdadero rostro de Dios, que es Amor, y, al mismo tiempo, el auténtico rostro del hombre, creado a imagen y semejanza divina.

Queridos hermanos y hermanas, pidamos a la Virgen María que nos ayude a todos —en primer lugar a los sacerdotes— a ser santos como estos heroicos testigos de la fe y de la entrega hasta el martirio. Este es el único modo para ofrecer a las instancias humanas y espirituales, que suscita la crisis profunda del mundo contemporáneo, una respuesta creíble y exhaustiva: la de la caridad en la verdad.

Después del Ángelus

(A los peregrinos de lengua francesa)

La buena nueva de Cristo nos arraiga en la verdad y es alimento y liberación de lo que nos entorpece en el plano espiritual y moral. Os invito a dejaros transfigurar, como el santo cura de Ars, por la Eucaristía, que es la fuente de todo amor, y a rezar por las vocaciones sacerdotales, a fin de que Dios conceda a nuestro mundo los sacerdotes que tanto necesita.

(En lengua inglesa)

Las lecturas de la misa de hoy nos invitan a fortalecer nuestra fe en Jesús, el pan de vida que se nos entrega en la Eucaristía y nos promete el gozo eterno en la casa del Padre. Vosotros y vuestras familias, durante estas vacaciones estivales, responded a la invitación del Señor con una participación activa en el sacrificio eucarístico y con actos generosos de caridad.

(En lengua alemana)

El domingo, como sabemos, es el día del Señor, que nos brinda una oportunidad especial para encontrarnos con Cristo, el Hijo de Dios, quien compartió la vida de los hombres y nos regaló su amor. Cristo sigue siempre cerca de nosotros. Él es el pan de vida; es nuestro pan, y quien vive de este pan y come de él encontrará la verdadera vida, la vida eterna. Démosle en nuestro corazón el lugar que le corresponde y él saciará nuestra hambre de la vida verdadera y de amor.

(En lengua española)

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española que se unen a esta oración del Ángelus. Especialmente en el Día del Señor, invito a todos a buscar en la Eucaristía el pan bajado del cielo, el alimento que perdura y da la vida eterna. Que la Santísima Virgen María interceda para que nunca falte este sustento de nuestra esperanza y nuestros esfuerzos por la paz. Feliz domingo.

(En italiano)

Que María santísima, a la que invocamos con la oración del Ángelus, nos ayude a responder siempre fielmente a la vocación a la santidad que Cristo dirige a todo cristiano.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana